

Francis Harry Compton Crick

[1916 – 2004]

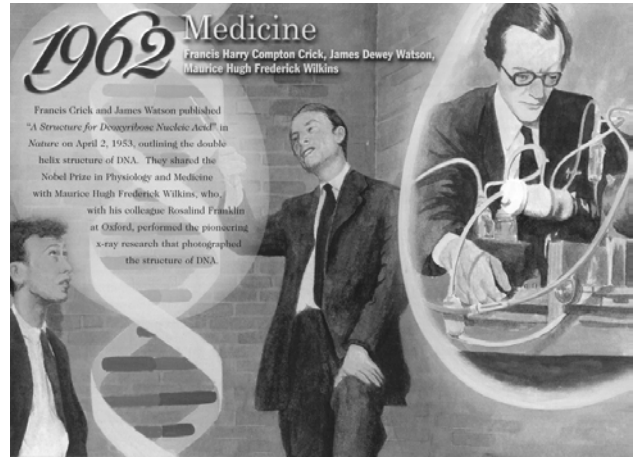
«Nadie ha descubierto o ha creado la biología molecular. Pero hay un hombre que domina intelectualmente su totalidad, porque es quien más sabe y quien mejor la comprende: Francis Crick.»

JACQUES MONOD



En 1962, Francis Crick (1916–2004), James Watson (1928) y Maurice Wilkins (1916) recibieron conjuntamente el premio Nobel en medicina o fisiología por su determinación, en 1953, de la estructura del DNA. Rosalind Franklin (1920–1958), cuarta artífice del mayor descubrimiento del siglo pasado, no recibió reconocimiento alguno, y su nombre se cita como uno de los más desafortunados «olvidos» en la historia de la ciencia. La trama de este descubrimiento, como de tantos otros, no está exenta de una buena dosis de intriga, ambición,

traición y genialidad. Sin caer en el error de otorgar un papel exclusivo a cada uno de los personajes de este drama, tal vez sería justo reconocer en Crick la genialidad del hombre sabio, del humanista. Alguien dijo que si el premio Nobel en medicina se otorgara por dos grandes gestas científicas y no sólo por una, Watson y Wilkins quedarían




también fuera de la ecuación, pero Crick se mantendría en ella. Tras la batalla del DNA, este *gentleman* inglés, con visión y actitud de «sabio» posromántico más que de «tecnólogo de la investigación», culto y refinado, orienta su inquietud hacia otros campos del saber, recalando las últimas décadas en la percepción cerebral, aventura que emprendió y asumió con igual agudeza. Nos deja visionarias reflexiones sobre la esencia antropológica del ser humano sujeto de la percepción, como en aquella ocasión en que, discutiendo con una colega sobre cómo se generaban en el cerebro las imágenes captadas por la vista, ante la propuesta de su interlocutora de que el sistema se asemejaba a un monitor de televisión, Crick le espetó «bien, y ¿quién la está mirando?».

Crick fue un magnífico producto de un rico caldo de cultivo. Su naturaleza inquisitiva se manifestaba ya en sus primeros años de vida, bajo la sorprendente mirada de sus progenitores, un empresario sin formación académica y una maestra, cuyo primer acierto fue proporcionarle a Francis una enciclopedia para niños, en la que pudo dar respuesta a sus innumerables preguntas sobre la naturaleza del mundo que le rodeaba, sobre la literatura y la música, las galaxias, la química y la historia. Su respuesta fue entusiasta, y su observación premonitrice: «Sabes?», dijo a su madre, «cuando sea mayor todo habrá sido descubierto». Afortunadamente, queda mucho por descubrir, pero Crick tuvo tiempo de asistir,

transcurridos los años, a la secuenciación de diversos genomas, culminando en el humano, a la descodificación del código genético que tanto le hizo pensar y que inspiró las conclusiones de su conferencia durante la cual le fue entregado el Nobel: «Finalmente, debería añadir que, a pesar de la gran complejidad de la síntesis proteica, y a pesar de las considerables dificultades técnicas que entraña la síntesis de polinucleótidos con secuencias definidas, no es descabellado confiar en que todos estos aspectos se aclararán en un futuro próximo, y que el código genético será completamente establecido, con una base experimental segura, en el curso de unos pocos años».

Quedan para la memoria unas palabras llenas de significado que Watson, a quien imaginamos acallando su proverbial arrogancia, dedica a Crick tras conocer su muerte: «...siempre recordaré a Francis por su inteligencia extraordinariamente centrada y por las muchas maneras en que me demostró su bondad e impulsó mi confianza en mí mismo. Convivir con él durante dos años en una pequeña habitación de Cambridge fue verdaderamente un privilegio. Siempre esperaba con anticipación reunirme o hablar con él, hasta el momento de su muerte. Se le echará muchísimo de menos».

.....
Montserrat Daban
 Editora científica
 Rubes Editorial



Francis Harry Compton Crick nació el 8 de junio de 1916 en Northampton, Reino Unido. Primogénito de Harry Crick y Annie Elizabeth Wilkins, se educó en Londres y estudió física en el University College, donde se licenció en Ciencias en el año 1937. La Primera Guerra Mundial interrumpió bruscamente su tesis doctoral. Durante este periodo aportó al Almirantazgo Británico sus conocimientos sobre minas magnéticas y acústicas. En 1947 abandonó dicha institución para iniciar sus estudios en biología. En Cambridge, con becas y financiación familiar, se unió al trabajo que realizaba Max Perutz y se doctoró en 1954, con una tesis titulada «Difracción de rayos X: polipéptidos y proteínas». En contacto con grandes científicos como Cochran, Vand, Pauling y Corey, se sumergió de lleno en el problema de la estructura de los biopolímeros. Su relación profesional y personal con James Watson les llevó a proponer la estructura de la doble hélice de DNA y del esquema replicativo, así como a enunciar una teoría general para la estructura de pequeños virus. Dos matrimonios y tres hijos son la herencia biológica de este hombre que vivió sus últimos años en su casa, conocida como *The Golden Helix*, en la que recreaba sus innumerables preguntas sobre el mundo y que albergaba los numerosos premios que recibió por ellas.